

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
	Pesetas
Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10
PROVINCIAS	
Tres meses.....	3
Seis.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	3 peso*
CORRESPONSALES	
25 números de EL MOTÍN.	2,50
Idem del Suplemento....	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN
15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

EMPECEMOS

Desde que se inició la idea de la coalición de la prensa republicana, el eminente patriota don Francisco Pi hizo cuanto le fué posible por que no se verificase.

¿Cara á cara y con nobleza? No; en la sombra, como acostumbra á hacerlo todo en política; elogiándola irónicamente con palabras de doble sentido; negándole á priori toda eficacia.

De buena gana habría prohibido *autonómicamente* á los periódicos de su partido el asistir; pero esto lo hubiera dejado muy al descubierto, y él es hombre que siempre busca la salida de antemano.

Una vez pactada la coalición, ni la apoyó ni la condenó, mas permitió que dos periodiquitos de su partido, uno en Barcelona y otro aquí, la combatieran sin cesar, lanzándole él á la vez sus pullitas en cartas y discursos.

Cuando Chfés, Calderón y el que suscribe fueron á rogarle que emitiera opinión sobre la circular en que el Comité recomendaba que se vigilase la formación del censo electoral, salimos convencidos de la inquina que á la coalición profesaba, y por mi parte dispuesto á que la manifestase públicamente.

Al efecto, y sin consultar con nadie, le dirigí el par de artículos que le han sacado de quicio, y á los que se ha agarrado para no dar su opinión. Cosa de poca monta debe ser la diplomacia, cuando yo, ¡infeliz de mí, he podido á tan poca costa demostrar que el hábil don Francisco es implacable enemigo de la coalición de la prensa. Me propino un aplauso entusiasta por el éxito obtenido, y continúo.

El Marqués de Santa Marta, presidente del Comité, me advirtió que creía inoportuno lo que hacía, á lo cual contesté con la siguiente carta:

Madrid 22 de Agosto de 1889.

Sr. D. Enrique Pérez de Guzmán, marqués de Santa Marta:

Muy señor mío y de toda mi consideración: Agradezco las observaciones que me hace usted en su carta del 19 respecto á la conveniencia de no atacar á los republicanos que están dentro de la coalición, por más que crea no haber faltado en nada al juzgar al Sr. Pi, que está fuera de ella y permite además que la combatan algunos periódicos de su partido.

Pero como no puedo dejar sin respuesta el desatento artículo publicado en el número de La Voz Montañesa que acabo de recibir, tengo usted por presentada mi renuncia del cargo de vocal del Comité de la prensa republicana, para que en ningún caso puedan imputarse á éste apreciaciones de mi exclusiva responsabilidad.

Esto no supone en manera alguna que yo disienta en nada de las ideas de concordia y fraternidad que predominan en el Comité y en toda la prensa coligada, y, por lo tanto, seguiré apoyando la coalición.

Lo único que quiero es quedar en completa libertad para arrancar algunas carotas, y demostrar que la alharaca armada por algunos sólo tiene á lograr la desunión de la prensa, para no verse obligados á emitir su opinión clara, concreta y terminante en el asunto.

En suma, que si me separo del Comité, es sólo por quitar á ciertos señores el pretexto que han buscado para no verse en el caso de confesar que han ido á remolque de la prensa en esto de la coalición, y obligarles á declarar que nunca la han querido ni la quieren hoy.

Rogándole que me admita desde luego la renuncia por estar decidido á no retirarla, me repito de usted afectísimo s. s. q. b. su mano.— JOSÉ NARENS.

Y aquí me tienen mis lectores dispuesto á reventar, no á los compañeros de la prensa republicana, á quienes nunca atacué, sino al Sr. Pi y á alguna que otra endiosada nulidad de las que sueñan con ministerios y embajadas; nunca al partido federal, que siempre admiré por su bravura y su consecuencia, y al que comparo con un ejército de leones mandado por una liebre.

CARNE DE CAÑÓN

Una de las cosas que más han escocido á las eminencias en incubación del partido de Pi ha sido el decir yo que se han separado de su ídolo casi todos los hombres de importancia que lo seguían; armando con tal motivo una zalagarda mayúscula, y propalando que yo considero á los federales como carne de cañón, todo con la interesada idea de sacrificarlos para elevarme.

Si me lo permiten los Figueras, Orenses, Castelares,

Salmerones, Calas, Guisasaolas, Palancas, Chaos, Robertos Roberts, Sánchez Yagos, Suñeres, Sorraclaras y Estébanez del porvenir que hoy ocultan modestamente sus colosales aptitudes políticas, científicas y económicas, les diré que no he pensado en tal cosa; entre otras razones, porque tengo una idea muy alta de lo que ellos llaman despreciativamente *carne de cañón*.

¡Carne de cañón! No ofenderé la memoria de los bravos federales que se batieron el 69 en las calles de Cádiz, Málaga y Jerez; ni la de los que en Zaragoza se alzaron para oponerse á la venida de D. Amadeo; ni la de los que en Valladolid, Sarriá y otros puntos protestaron armados contra la infamia del 3 de Enero comparándolos con esos aristócratas de la democracia.

¡Carne de cañón! Timbre de gloria y de honor es el serlo, cuando se queda tendido en las calles de Madrid el 22 de Junio por defender la libertad; ó cuando se empa con la propia sangre el puente de Alcolea por derribar un trono; ó cuando se lucha por impedir el triunfo del carlismo.

Creerse insultados ante la idea de que alguien haya podido llamarlos *carne de cañón*, esto sí que es escupir sobre las fosas de los oscuros héroes de nuestra redención política que se sacrificaron sin la esperanza de medrar que anima á los que, teniendo á sus órdenes un partido armado el 3 de Enero, se retiraron cobardemente á sus casas ante la bota de un soldadote alcoholido.

¡Carne de cañón! ¿De dónde habrán sacado los inventores de esa falsedad que yo trataba de honrarlos, calificándolos así? Para merecer ese elogio se necesitan condiciones que no les reconoceré hasta que den siquiera una pequeña muestra de que las poseen.

¡Carne de cañón! Serlo como Baudín en Francia por oponerse al golpe de Estado, es mas alto y más noble que encerrarse santamente en su casa como Pi cuando Pavía lo dió en España; tomar el camino del destierro, como Víctor Hugo, es mas digno que encerrarse en su pueblo como hicieron algunos personajes (?) que hoy levantan la cabeza.

¿Carne de cañón? ¿Quién no preferirá serlo con Villacampa, á convertirse en su detractor siendo su cómplice, y negarle al verlo vencido?

Lo repito. Para ser *carne de cañón* se necesitan condiciones de que no han dado muestras hasta ahora los que deberían evanescerse de pertenecer á un partido donde fueron *carne de cañón* Guillén, Carvajal, Bohorquez, y tantos hombres que, á vivir, se creerían honrados con ese calificativo.

LA MADRE DEL CORDERO

Me felicito y enorgullezco de haber promovido la polémica que hoy sostienen los periódicos federales, para decirle á la masa republicana:

¿Lo ves? Pi no quiere la coalición, por más que no se atreva á confesarlo lealmente.

No la quiere, no. De quererla, se hubiera adherido á lo concertado por la prensa, sin aguardar á que lo interrogaran; y no hubiera enviado á sus periódicos instrucciones para que la combatieran, tomando pretexto de los artículos que he escrito con la intención que en otro de este número expongo.

El que yo obrara en este ó aquel sentido ¿qué tenía que ver con la coalición? Pero como Pi buscaba un pretexto para no adherirse á ella, se ha agarrado á este, como se habría agarrado á otro.

¡Vaya un hombre de Estado á quien una apreciación cualquiera le hace aplazar una declaración conveniente! ¡Vaya un político que se pone hecho un energúmeno cuando le censuran! ¡Vaya un revolucionario que pide consejos á la vanidad y no á su conciencia!

No me extraña, en vista de esto, que fuera tan inconsecuente y tan débil en el poder. Hombre que está á su altura y no desoye las sugerencias del amor propio, ni es político, ni revolucionario, ni estadista.

¿Qué son para el Sr. Pi el amor á la República, el

bien de la patria, la necesidad de la coalición, cuando lo sacrifica todo al despecho mujerial que le causa el verse juzgado con más ó menos acritud?

¿Qué puede esperarse de quien, pronto á acudir á vengar un agravio personal (suponiendo que lo hubiera), fué siempre perezoso para correr á remediar los males que ha sufrido este desdichado pueblo desde la venida de la restauración?

Esas indignaciones ridículas ante un ataque mesurado (ya le probaré que lo fué al inferirle otros), ¿por qué no las guardó, y más enérgicas, para condenar á Pavía, oponerse á la venida de D. Alfonso, fustigar incesantemente á la restauración desde puesto que hubiera ofrecido peligro, protestar contra lo de las Carolinas, tronar contra la inmoralidad, obrar revolucionariamente á la muerte del rey, salpicar el rostro de los fusionistas con la sangre de los obreros asesinados en Ríotinto, descubrir los robos del municipio, atacar diariamente en el Congreso, ó ayudar el 19 á Villacampa?

¿Qué había de indignarse en ninguno de esos casos! Antes que poner su bufete en peligro ó exponerse á los golpes de una revolución realizada sin santones, es capaz de estar más callado que hasta hoy lo estubo. Le pasa lo que al cobarde que por cualquier circunstancia llega á tener fama de valiente, y no se arriesga á empresa alguna en que pueda salir lastimada la falsa reputación adquirida.

Pero ya hablaré de esto y de otras cosas, pues estoy dispuesto á seguir disparando bala rasa contra el santón que ha mermado y dividido el partido más compacto y revolucionario de España. Por hoy me basta con consignar que ese en cuyas manos puede ponerse de nuevo la suerte de España, ni tiene aplomo, ni prudencia, ni sabe elevarse sobre los apasionamientos de la lucha diaria, y sigue, por lo tanto, tan incapaz como antes para dirigir un partido como el federal y ponerse al frente de un gobierno fuerte y enérgico, cual debe ser el primero de la revolución.

EL PADRE QUIETO

Los federales toman las armas, y en Zaragoza, Cádiz y Málaga, y en la llanura y en la montaña, á la pelea bravos se lanzan. Y D. Francisco, ¡qué bueno es eso! en su casita siempre tan fresco.

Sobre el vacío trono se alza de la República la enseña santa; mas es forzoso para afianzarla luchar sin tregua, vejar sin calma. Y D. Francisco, ¡qué bueno es eso! en su casita siempre tan fresco.

Los cantonales al campo lanza, mas en seguida los desampara, cuando en jirones rota la patria, maldice el hierro que la desgarró. Y D. Francisco ¡qué bueno es eso! en la poltrona, pero tan fresco.

La traición vence; mirase hollada por un soldado la augusta Cámara, y la bandera republicana

juntos arrian miedo é infamia. Y D. Francisco, ¡qué bueno es eso! en su casita siempre tan fresco.

Vuelve sedienta de oro y venganza la maldecida chusma monárquica; oprime, insulta, saquea, mata, y á su apetito no encuentra vallas. Y don Francisco, ¡qué bueno es eso! en su casita siempre tan fresco.

¿Que en Ríotinto silban las balas? ¿Que en Madrid meten ruido las latas? Ni en el Congreso su voz levanta, ni el municipio le oye palabra. Y don Francisco, ¡qué bueno es eso! en su casita siempre tan fresco.

Ya la bandera republicana al viento flota sobre las masas, y tras los gritos de la batalla el himno suena que el trionfo canta. Y don Francisco, ¡qué bueno es eso! «Esa es mi obra» dirá tan fresco.

EL MOTIN



Acechando la ocasión
Ayuntamiento de Madrid

A LA JUVENTUD FEDERAL

Os felicito por haberos separado del Casino de Pi, después de derrotar á la junta que desconoció vuestros derechos. Era natural que así ocurriera. La juventud que se entusiasma no puede avenirse con la vejez que calcula, ni los que adoran la democracia entenderse con los que se postran delante de un ídolo.

Comprendo la noble ira que en vuestros pechos causó el veros entre gentes que sirven los intereses de una personalidad y no los de un partido; que tratan de ahogar toda manifestación viril que no lleve el *exequatur* del hombre más soberbiamente modesto que existe; y que no conciben que haya en un partido democrático quien se permita pensar por cuenta propia.

Como habíais oído hablar de autonomías, creísteis que en el partido del hombre que las invoca cuando le conviene y las desconoce cuando le importa, podíais ejercer dignamente todos los derechos compatibles con las ideas que sustentáis.

¡Error, jóvenes inexpertos, error! La primera condición para estar bien con D. Francisco es no incurrir en la fatal manía de pensar, meter la cartuchera en el cañón cuando él lo mande, y no permitir que los relojes marquen otra hora que la que él disponga.

Por no consentirlo, todos los hombres de valía del gran partido federal, exceptuando Benot, se han separado del czar de todas las autonomías; porque no creo que tenga nadie por hombre importante á ese Sr. Valles y Ribot, parodia ó caricatura de Moret dentro del federalismo.

Desde el Sinaí de su soberbia, el Jehová de la calle de Leganitos ha dictado á su pueblo fiel las tablas de la ley; y ¡ay de aquel que no las acate y reverencie! ¡Entonces sí que viene el tronar y relampaguear!

Los preceptos son éstos:

- 1.º Amar á D. Francisco sobre todas las cosas.
2.º Tomar su nombre, venga á pelo ó no venga.
3.º Santificar todas sus acciones, aun cuando sean censurables.
4.º Honrarle más que al padre (el pueblo) y á la madre (la patria).
5.º No matar, á no ser con la lengua, si él no lo ordena.
6.º No molestar á la monarquía, para que ésta no le moleste á él.
7.º No hurtar horas al reposo aun cuando sea para combatir la monarquía.
8.º Lecionar todos los falsos testimonios que se pueda, y mentir siempre que sea para desacreditar á un correligionario.
9.º No desear la venida de la República, si ha de gobernar otro partido.
10.º Codiciar el poder, sin hacer nada por alcanzarlo.
Estos diez mandamientos se encierran en dos:
En servir y amar á D. Francisco sobre todas las cosas, y al correligionario contra una esquina.

Por no haber tenido estos preceptos en cuenta, os veis, ¡oh jóvenes entusiastas! obligados á abandonar el domicilio paterno de vuestro tío en federación.

Vuelvo á felicitaros por esta honrada determinación, y me despido de vosotros suplicándoos que continuéis por el camino emprendido, que es el que directamente lleva al término que todos anhelamos.

PAPELES CANTAN

¿A qué ese escándalo que habéis armado contra EL MOTÍN, queridísimos colegas federales? ¿A qué tantos fieros y tantas amenazas? ¿He dicho ahora algo que no hubiese repetido antes en todos los tonos?

Para demostraros que había dicho más sin que os alborotaseis, voy á refrescaros la memoria.

A más de lo publicado en el número anterior, dije en 11 de Septiembre de 1887:

«El Sr. Pi y Margall reconoce en su último Manifiesto que los males que el país sufre no pueden ser mayores, y, sin embargo, rompe la coalición y se cruza de brazos.»

Es lo mismo que si un marino viera en peligro de hundirse el buque, y por cuestiones de etiqueta, criminales en aquellos momentos, no ayudara á salvarlo.

Si fuéramos á hablar de cumplimiento de deberes, ¿cómo ha cumplido el Sr. Pi el suyo de diputado? ¿Se le nombró acaso para que hablase una vez en el Congreso y se retirara al pacífico retiro en que vegeta desde que cayó la República?

No; se le nombró para que todas las horas de todos los días estuviera en su puesto, y no perdonara medio ni desperdiciara ocasión de combatir á la monarquía; para que fuera en el Congreso la voz de la revolución, la conciencia de los restauradores y la esperanza del pueblo.

Se le nombró por creer que estaba decidido á salir del retraimiento cómodo y sistemático en que, con pequeños intervalos, se había mantenido desde el año 74; y se le nombró, más que por él, por el partido que aún le sigue, y que es revolucionario por instinto, por lógica y por temperamento.

Al Sr. Pi le viene pasando lo que á algunos aristócratas que no tienen ni valor, ni altas cualidades, ni prestigio, ni dinero, y están hablando siempre de sus antepasados, para demostrar que son dignos del respeto de todo el mundo.

Y continué el 18 del mismo Septiembre:

«Por qué camino va á traer la República el Sr. Pi? Por ninguno; y buena prueba de ello es el siguiente párrafo de su Manifiesto: «Seguiremos paso á paso la política, y obremos según las circunstancias.»»

Esto, si no fuera profundamente inmoral, sería soberanamente absurdo, y bastaría para exelamar, señalando al Sr. Pi: ¡Ese es el hombre!

¿Las circunstancias! ¡Obrar según las circunstancias! Esta declaración, que confunde por su brutal franqueza, debe hacer ver á los federales que su jefe no es hombre de principios fijos ni convicciones arraigadas, que tiene trazada de antemano su línea de conducta y sabe cómo ha de obrar siempre, lo mismo en la oposición que en el poder; sino un hombre que ha estado usurpando los calificativos de recto, de consecuente, de sectario, siendo sólo una vela que se mueve á merced del viento de las circunstancias.

¿Las circunstancias! No hay palabra más utilizable en política para los caracteres apáticos, las ambiciones disimuladas, las soberbias ocultas, las envidias reconcentradas y las energías ficticias.

Pero concretando un poco, ¿á qué circunstancias se refiere el señor Pi? ¿Qué hizo ni qué intentó para combatir la última dominación conservadora? Cuando los sucesos del 4 de Septiembre, ¿quién oyó su palabra ni dónde se le vio? El día de la muerte de D. Alfonso, ¿qué medios puso en juego para aprovecharse de las circunstancias?

Otra frase célebre del ya célebre Manifiesto: «No se lleva á los pueblos que ninguna pasión agita, como á los pueblos enardecidos por las pasiones.»

Conformes; sí, señor. Pero los hombres que ocupan el puesto que el Sr. Pi, tienen obligación de agitar esas pasiones haciendo ver á los pueblos el abismo en que están y enardeciéndolos para salir de él; mucho más cuando se ha contribuido poderosamente á amortiguar su entusiasmo con vacilaciones, flaquezas y cobardías.

Deber, y deber imprescindible en ellos, es iniciar, ir delante, animar y dirigir; y quisieramos que el Sr. Pi nos dijera qué ha hecho desde la restauración acá, como no sea recorrer unas cuantas provincias para contrarrestar la propaganda del malogrado Figueras, afirmando en unas lo que combatía en otras, y embrollando las ideas en los cerebros de sus partidarios.

Fuera de eso, ¿qué ha hecho el Sr. Pi para combatir la monarquía, hasta que concertó la coalición que inoportuna, injustificada é injustamente acaba de romper? Nada; antes bien fortaleció la división del partido federal con la teoría del pacto, y haciendo que anden por ahí desperdigados importantes y valiosos elementos revolucionarios, como Cala, Sánchez Yago, etc., etc.

El Sr. Pi no va hoy ni quiere ir á parte alguna, pero recobra su libertad de acción por si mañana le conviniere (siempre que las circunstancias se lo permitieran) perturbar la revolución triunfante, ordenando, por ejemplo, á sus partidarios que se apoderaran en los primeros momentos de los municipios, para imponer por la fuerza, que hoy condena, la República federal.

Y en 25 del propio mes:

«El Sr. Pi se ha declarado revolucionario, pero de una revolución nacional.»

¿Revolución nacional! ¿Cuándo ni dónde ha visto que se haya verificado? Todas las revoluciones y cambios de gobierno los ha impuesto siempre una minoría, que se ha convertido en mayoría en el momento de triunfar.

Además de esto, ¿cómo conocerá el Sr. Pi que el país está en punto de caramelo, digámoslo así, para iniciar la revolución nacional? ¿No confiesa que la situación actual es terrible, moralmente y económicamente hablando? Pues ¿cómo no se manifiesta ahora esa opinión unánime á que se refiere? ¿Es por otra parte buena manera de crear esa opinión el renunciar á hablar en el Congreso? ¿Desde dónde mejor podía hacer esa propaganda de revolución nacional que tan entusiasmado le trae?

Aun cuando ya sospecho por qué señales va á conocer que ha llegado el momento de lanzarse á la revolución nacional.

El día que salga á la calle y vea al arzobispo de Toledo, á caballo con bandera roja y gorro frigio, seguido del clero de su diócesis; y al duque de Medinaceli con una lata de petróleo en la mano rodeando una iglesia; y á unas cuantas señoras de la aristocracia fraternizando con las verduleras; y á los frailes poniendo letreros de pena de muerte al ladrón; y al general Martínez Campos tirando al suelo, al frente de toda la guarnición de Madrid, la corona del casco; y confundidos pueblo y ejército, y clero, y magistratura gritar al unísono ¡viva la República!, quizás ese día, después de meditarlo mucho, se atreva humildemente el Sr. Pi á lanzar la idea de que acaso pudiera ser aquel el momento oportuno para secundar la revolución nacional.

Y en 6 de Noviembre dije, dirigiéndome á los federales:

«¿Por qué seguís al Sr. Pi? ¿Por haber formado el partido federal? No; pues cuando él volvió á España el 68, ya Castelar, con su mágica voz, había clavado esa idea en el cerebro de las masas democráticas.»

¿Por hombre de acción? En ningún puesto donde hubo peligro lo vio nadie jamás; ni el 48, ni el 54, ni el 56, ni el 66, ni el 67, ni el 68, ni el 69.

¿Por su consecuencia? No existe dentro del federalismo hombre que más veces ni con más descaro se haya contradicho. En día niega el pacto, otro lo proclama; hoy predica el procedimiento de abajo á arriba para implantar la federación; mañana el de arriba á abajo; y así en todo.

¿Por su lealtad? Que hablen los comprometidos en la insurrección del Ferrol, los cantonales y cuantos han tenido tratos revolucionarios con él.

¿Por su energía? No hubo nunca al frente del Poder Ejecutivo ni del ministerio de la Gobernación hombre más débil, más apático, ni más indiferente á los males del país y al interés de la República.

¿Por atender á sus correligionarios? Son proverbiales el desprecio con que los trató mientras fué gobierno, y las nimiedades á que recurría para negarse á sus pretensiones y justificar su ingratitude.

¿Por qué ha sacrificado posición, fortuna ó tranquilidad por el partido? El republicano que menos haya sufrido por la causa, es un mártir comparado con él.

Pues no habiendo formado el partido, ni siendo hombre de acción, ni distinguiéndose por su consecuencia, ni por su lealtad, ni por su energía, ni por su amor á sus correligionarios, ni por haberse sacrificado por la República, ¿cómo hay todavía quien le siga?

Hay quien le siga, porque no lo conocen y se ha formado una leyenda de sus enalidades morales y de sus talentos políticos.

Porque lo creen modesto, siendo el hombre más soberbio de la República, hasta el punto de que Castelar, comparado con él, resulta humilde.

Porque lo suponen sereno y reposado, siendo vehemente y apasionado como nadie, efecto de la envidia que corroe su corazón; envidia engendradora de aquellos odios á Figueras que tanto contribuyeron á matar la República el 73.

Y porque fué honrado en el Gobierno! Aparte de que al serlo no hizo más que cumplir con un sencillo deber, ¿qué mérito tuvo el ser honrado en una época en que todos lo fueron?

Mediten los federales, hombres verdaderamente honrados y revolucionarios, lo que decimos, y preguntémosle luego: ¿Por qué seguís al Sr. Pi? Y si no pueden contestar satisfactoriamente, tomen el camino que su amor á la Patria y á la República les marque.»

Y en 19 de Febrero de 1888 publiqué este artículo bajo el título *Ídolo de barro*.

«¿Por qué aceptó usted, Sr. Pi, la diputación si había de retirarse á su casa? ¿O cree usted que se le eligió para ir al Congreso, dar un escándalo (que aplaudí), salir apabullado (lo que deploré) y no ocuparse más de su deber parlamentario?»

¿Por qué no intervino usted en las discusiones de los negocios de la Transatlántica, de los tabacos, de los robos de Cuba, de la indemnización Mora y de otros no menos equívocos, puesto que su especialidad, al decir de sus admiradores, son las cuestiones de Hacienda?

Voy á ir, sin embargo, hasta los últimos límites de la benevolencia con usted, suponiendo que tuvo razones para obrar como obró, y que en los anchos horizontes políticos que su poderosa mirada abarca, esos asuntos son átomos indignos de fijar su atención.

Pero llega un suceso horrible: la matanza de los obreros de Río-tinto. Suceso que ha arrancado lágrimas de ira y gritos de indignación á toda alma honrada; que ha hecho prorumpir en voces de venganza á todo hombre justo; que ha sembrado semilla de represalias terribles para lo porvenir.

Hombres fusilados por la espalda; niños asesinados sobre el pecho de sus madres; mujeres destrozadas por el plomo...; Y el derecho por los suelos y la justicia por las nubes, y una Compañía extranjera posando victoriosamente su planta sobre el cráneo de obreros españoles!

El republicano más apático, el más tibio (no hablo de los que se sientan en las Cortes, porque están ya juzgados) han sentido hervir la sangre en sus arterias, y á trueque del derecho de automatizar la matanza en sitio donde sus aceros hubieran repercutido en el corazón del país, habrían sacrificado su libertad, no ya el cargo de diputado.

En cambio, usted, Sr. Pi, permanece mudo. Usted, que se pone fuera de sí (porque es mentira lo de su supuesta frialdad) cuando cualquiera se permite disentir de su opinión, no corre desalentado al Congreso al tener noticia de aquellos asesinatos, ni habla, truena y relampaguea contra el gobierno que los ha provocado con su imprudencia.

Y allí, amparado por su impunidad, no llama las cosas por su nombre; ni apostrofa y derriba y destroza á los fusionistas; ni acalla los aullidos de la jauría conservadora que se tornan feroces al oírse el sangro caliente del pueblo; ni echa en cara á los republicanos su cobardía...

¿Qué grandioso espectáculo hubiera resultado el de un hombre desafiando la furia de los unos, las maldiciones de los otros, hiriendo en el rostro á un gobierno con el látigo de la razón! Y no ya sólo por deber, ni por espíritu de justicia, ni por cálculo político, ni por dignidad propia, ni por clavar un dardo mortal en el pecho de la monarquía, sino por agradecimiento á ese pueblo á quien debe usted su elevación, Sr. Pi, como tantos otros que después lo han abandonado y escupido.»

Y en 15 de Abril:

«En un notable artículo publicado en *Las Regiones* y firmado por el Sr. Saco y Krey se afirma que el Sr. Pi conferenció el mismo día 19 de Septiembre con el Sr. Villacampa, quedando ambos de acuerdo para hacer el movimiento revolucionario.»

«Que el pueblo ardía en deseos de lanzarse á la pelea; pero permaneció quieto porque tal se ordenó ó determinó por quien momentos antes pensaba lo contrario.»

«Que al ver á Villacampa seneciado, todo el mundo creyó que iba á morir y á encerrarse el secreto de aquella revolución fracasada en la fosa que cubriera su cadáver, y que por esta razón el Señor Pi manifestó á sus secuaces que él no tenía participación directa ni indirecta en el movimiento.»

Esto lo califica el articulista de poco noble, poco levantado y poco generoso, afirmando una vez más que D. Francisco Pi y Margall fué uno de los factores principales de aquel movimiento desgraciado, aunque manifieste lo contrario, aunque niegue la evidencia.»

Otro federal, D. Pablo Andarías, que se dice bien enterado de todo lo ocurrido en aquella época, confirma lo anterior, asegurando que, cuando la señorita Villacampa, á quien se le abrían entonces todas las puertas, se presentó el 20 de Septiembre á visitar al señor Pi, éste no tuvo por conveniente recibirla, acaso para rehuir responsabilidades. Después añade que, si se le provoca á ello, saldrán á la vergüenza nombres propios para escarnimiento de hipócritas traidores.»

Y en 7 de Octubre:

«El jefe de los federales, con esa imperturbabilidad que le distingue para contradecir sus actos con sus palabras, ó al revés, ha dicho que deben usarse los medios legales mientras sea posible, dando con esta afirmación un tremendo varapalo al Sr. Pi concejal y al Sr. Pi diputado, que maldito si se acuerdan de esos cargos para cumplir con los deberes que les imponen; y justificando así la conducta del Sr. Castelar en este punto.»

Censura á los sublevados en Badajoz por que, disponiendo de armas, municiones, víveres y fondos, huyeron á las veinticuatro horas, sin advertir que él y los demás hombres importantes del partido federal, tenían renombre, historia, dignidad y deber de sacrificarse por la República, que es más que todo aquello, y huyeron cobardemente el 3 de Enero ante un puñado de quintos mandados por un soldadote sin prestigio.

Opina que el Sr. Ruiz Zorrilla debe venir á Madrid, porque si hubiera estado, «habría aprovechado la indignación del pueblo cuando la cuestión de las Carolinas y la muerte de D. Alfonso para hacer triunfar la República;» omitiendo prudentemente los heroicos sacrificios que él, Pi y Margall, hizo para suplir la ausencia y la imprevisión de Ruiz Zorrilla, permaneciendo tranquilamente en su casa cruzado de brazos.»

Un periódico nada sospechoso para los enemigos de la revolución, *El Globo*, pinta de esta manera la actitud seráfica del Sr. Pi:

«Al Sr. Pi le parece que nuestra conducta no tiene justificación, y á nosotros nos parece lo mismo acerca de la del Sr. Pi, que ha procedido de la restauración acá de la propia manera, si bien evitándose—y le alabamos el gusto—todo género de contrariedades, fatigas y desazones. En Madrid se estuvo tan tranquilo, entregado á sus trabajos históricos y forenses, mientras los zorrillistas conspiraban, trabajaban sin darse punto de reposo, y eran fusilados, metidos en la cárcel ó lanzados al desierto. En su bufete se estuvo, sin que nadie le molestase, sin que un juez ó un alguacil allanase su domicilio sin que su propaganda de la República le hiciera perder un as de cuantas horas de trabajo ó le costase otras tantas de vigilia, mientras los republicanos sueltos y los históricos, peleábamos á todo poder en la tribuna, en el periódico y en los comicios.»

Como la pintura es fiel, no tenemos que añadirle ni una sola pincelada, sino lamentar únicamente que un hombre del prestigio del Sr. Pi no se haya acordado de que debía hacer algo por la revolución, hasta que la muerte del rey D. Alfonso dio alientos y esperanzas á los republicanos.

Insiste el hombre que alentó los cantones y dejó el ministerio á los pocos días para que los comprometidos se las arreglaran como pudieran, en que debe irse á la revolución con junta y comité directivo de los trabajos; á poco más pide que al son de un tango se anuncie por carteles en todas las esquinas.

Habla de la grandeza y omnipotencia de su partido, capaz por sí solo de hacer la revolución, y no se sorprende de que nadie le pregunte por los hombres de importancia que antes lo formaban y que hoy se encuentran acajados del Sr. Pi.

Estima y desea ardientemente la coalición, y para llegar á ella, reparte paños á diestro y siniestro á los zorrillistas, los posibilistas y los republicanos sueltos; nuevo sistema de aunar voluntades que nadie había descubierto hasta él.

Combate rudamente á los gobiernos que no hacen economías ante la miseria del pueblo, pero se olvida de aconsejar á los ex ministros federales que cobran cesantía, el que renuncien á ella, por no faltar á sus principios en primer lugar, y en segundo por no hacer más horrible esa miseria.

Para facilitar la unión y la concordia, trata al ejército, *sin cuyo concurso es imposible la revolución*, de una manera inconvenciente; falta doblemente imperdonable en el jefe de partido que no cuenta hoy con ninguno de los que en otros tiempos condujeron las fuerzas federales á la lucha, empezando por el Chico de las Barraquetas y concluyendo por Fermín Salvochea.

En resumen: las afirmaciones del Sr. Pi y Margall, si parecen revolucionarias en la forma algunas, son todas reaccionarias en el fondo, y sólo sirven para impedir que venga lo que todos los republicanos deseamos.»

Y en 25 de Noviembre:

«Sabía de antemano el Sr. Pi y Margall al ir á París, que el Sr. Ruiz Zorrilla no había de acceder á la pretensión de montar una oficina para preparar los trabajos revolucionarios, encargando del negociado de recaudación á éste, del de coronales á aquél, del de sargentos al otro, y, sin embargo, allá fué y se lo propuso.»

El Sr. Pi no le llevaba dinero, ni regimientos, ni siquiera aquellos jefes federales que en otras épocas movían las masas y las acudillaban en el campo ó en las calles, porque hoy no están con él. ¿En qué se fundaba entonces para tratar con Ruiz Zorrilla de igual á igual, y querer compartir con él la jefatura revolucionaria?

Y siendo esto así, ¿cómo extrañar que el emigrado no accediera á las exigencias del que ha vivido en el patrio suelo tranquilamente, dedicado á sus negocios ó al cultivo de sus aficiones artísticas, mientras él ha mantenido viva la protesta contra el hecho de Sagunto?

Lo que hay en todo esto, como ya hemos dicho y no nos cansaremos de repetir, es que el Sr. Pi y Margall no quiere ni ha querido nunca la coalición; y que al verse continuado por su partido á reanudarla, ha apelado á esos recursos para hacerla imposible.»

Me parece, queridísimos colegas federales, que todo lo copiado es bastante más fuertecillo que lo publicado recientemente, y, sin embargo, callasteis, como calla don Francisco cuando sospecha que va á haber palos.

¿Por qué ahora esas iras, y antes aquel silencio? Porque ahora se trata de deshacer la coalición, y ante tan noble propósito, todas las armas son buenas para don Francisco Pi.

OBRAS NUEVAS

GARROTAZO LIMPIO

POR JOSÉ NAKENS

PRECIO: DOS PESETAS

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.